

la educación de los españoles?» o «¿Qué opinión le merecería la sujeción de tal disciplina en la Enseñanza General Básica e incluso en las Facultades de Letras, para los alumnos que no cursen las especialidades de Filosofía?». Por otra parte, resulta sintomático que un catedrático se haya visto «obligado» a emplear este recurso de urgencia que es la encuesta para plantear el problema.

¿Cuál puede ser la eficacia de esta reflexión colectiva? Me temo que caiga en manos exclusivamente de los ya convencidos, de los vocacionalmente lectores, profesores o no. Para tal viaje no se necesitarían tales alforjas. Pero entiendo que este libro puede alcanzar la categoría de un «libro blanco» de la enseñanza de la literatura y podría sugerir algunas iniciativas, en el terreno de lo práctico, cara a la Administración. El libro recoge —y esto es importante— un movimiento de profesores. Si, en el peor de los casos, no se consiguieran arrancar a la Administración unas medidas por las que se restableciera el puesto de la literatura en los diversos niveles educativos, tal como le corresponde, al menos podríamos contar con profesores conscientes, allá donde se les ha respetado.

Por lo que respecta a la muerte de la literatura, no hay que pasar cuidados. Se defiende sola. Por lo que respecta a los vocados a ella, tampoco. Dámaso Alonso nos cuenta, en las páginas que sirven de introducción a esta encuesta, cómo se confiaron planes y profesores para desviarle de la literatura. Sin embargo, resulta preocupante que una sociedad entera pierda, por un lado, la posibilidad de disfrutar que la literatura proporciona, desconozca su propia historia y, por tanto, se desconozca a sí misma. No resulta una exageración de especialista el afirmar que la futura convivencia de los españoles se ve afectada también por la liquidación

de la literatura en la educación. Cito a Lázaro Carreter: De todas las razones, «parece tener especial fuerza la que considera precisas las disciplinas literarias para insertar lúcida y críticamente a los jóvenes ciudadanos en el mundo que les ha tocado en suerte, el cual hace y hará todo lo posible por homogeneizarlos, por convertirlos en consumidores sin alma». ■ **CESAR ALONSO DE LOS RIOS.**

Música celestial y otros poemas

Con este nombre se da ahora a la luz un amplio florilegio de excelentes poemas que comprenden la casi totalidad de la obra poética de Eduardo Chicharro (1).

Eduardo Chicharro, hijo del pintor de igual nombre, pintor él mismo, es un desconocido para la mayoría y hasta para la letrada minoría. A su retorno literario contribuyen de consuno esta cuidada publicación y la carpeta-homenaje que los pintores (amigos y discípulos) Amalia Avia, Manuel G. Raba, Enrique Gran, Julio L. Hernández, Manolo Millares, Lucio Muñoz, Francisco Nieva, Angel Orcajo, Joaquín Ramo, Antonio Saura y Eusebio Sempere dedican a Chicharro. A ellos y a Gonzalo Armero, presentador y compilador del libro, debemos el hecho digno de memoria de este alumbramiento. La entrada de presentación y notas que hace este último son un ejemplo de respeto y no injerencia en asuntos internos que merecen destacarse y cohiben la tendencia a hacer extenso el comentario.

Señalemos, sin embargo, que E. Chicharro nació y murió en Madrid (1905-1964); que su vida transcurrió en Italia casi permanentemente, a partir del año 1913, fecha en la

(1) Eduardo Chicharro, *Música celestial y otros poemas*. Ed. de Trece de Nieve. Seminario de Ediciones. Madrid, 1974.



Eduardo Chicharro, en sus años romanos.

que marchó a Roma con su familia por haber sido nombrado su padre director de la Real Academia Española de la ciudad; que regresará en 1925 para realizar el servicio militar y tornará con una beca para la Academia a Roma, y allí casará y tendrá su residencia hasta 1943, año en que vuelve a Madrid para permanecer hasta el día de su muerte: 16 de marzo de 1964. De esos veinte años (en poesía) da cuenta el libro, entre cuyos componentes creemos destacarse el poema que da nombre al conjunto: «Música Celestial». Entre las «Cartas de Noche», otro aspecto, la de Beethoven es sinfonía que no merece de las del maestro. Dejados caer en la tentación de la cita y no nos libréis del bien: «Brillan sables como peces, bate el viento las espaldas plateadas de los átomos, las espadas relucientes de los átomos y las cañas y los juncos que Tú Domas, y ahora vuelves a traer voces humanas/en hosannas y blanquitas palomas». La «Plurilingüe Lengua» es otra zona, y prefiero no decir parte porque nunca hay fronteras en es-

tos versos que son «versus», hacías. Cincuenta y dos sonetos en los que encontramos pinturas levitadas y aireiformes; espectografías de espléndidas nimiedades «esenciales», lúdicamente alteradas: «Va la lámpara gastándose en deliquio/se deshace la madeja poco a poquito/y él se queda vano y loco en vaniloquo». Próximas sacudidas sarcásticas para desarraigar la saporífera costumbre de nuestros acaeceres: «Es España noción municipal/que se aguanta en sosiego natural/por ser la novedad convencional/y la rutina pauta y fe moral». No importa que el itálico modo pierda sus modales, pues de eso se trata a veces en los que él llamó «preciosos cofrecillos dignos de no contener nada» (los sonetos). Sus soledades, sonoras; bien pintadas en lo habitual: «Abandonado y vivo voy por la casa solo/con el gusano extenso./¿Quién me habla? Cada noche/a mi lecho me acerco andando entre despojos/de voladoras aves». Suenan en esta poesía trompetas de Jericó contra las murallas de la rutina —cultural o

no— y dan a veces la impresión de un «diario hablado» en plena espontaneidad coloquial. Sensitivo más que sensual, pero por los sentidos ama el poeta. Pese a declararse no materialista en sus manifestos, en lo material hallan madre de buenos frutos y de flores ciertas. En su oleaje de océano, río o fuente, aparece melodiosamente un panteísmo de espontánea naturalidad: «La yunta se adormece. El sol palpita/en la pared de cal. La margarita/¿no será más azul que la muralla?». ¡Cuántas hermosuras sueltas, cuántas graciosidades y gratitudes dadas como por azar en el quicio o desquiciamiento de un hablar que a veces de puro común se torna insólito!

Hay en nuestro poeta un cierto desvanecimiento de la conciencia histórica que tiende a hacer nulo el antagonismo de las fuerzas sociales, agravado por darse en momentos de una muy intensa crudeza bélica. Si casi toda la poesía y arte de pre y posguerra española y mundial se alinea inevitablemente en torno a esos fenómenos, y referidos a ellos se clasifican las escuelas y los hombres, no podemos menos de encontrar un enfatismo de evasión cierta en las declaraciones de apolitismo del «postismo», así como en el querer «volar solos en el camino de la verdad» los postismos. Su nihilismo contradictorio tiene cierto blancor de provisionalidad que permite esperar algo que ahora brilla por su ausencia; es abierto. No estamos ante un «Grado Cero» de la escritura.

Al movimiento «postista» pertenece nuestro autor como principal fundador junto a Carlos Edmundo de Ory y el italiano Silvano Sernesi. En los manifiestos que forman una parte apéndice del libro se expone el significado de este «ismo» que, por venir detrás de otros, recibe el nombre de «postismo», siendo su más próxima parentela ésta: hijo del surrealismo, nieto del dadaísmo y so-

brino del expresionismo. También tiene que ver con el futurismo y cubismo. Su paradigma es la euritmia. Su género más próximo, la pintura y la música. El juego está en la base de su técnica. Unasele humor, imaginación, aspiración de libertades y otros ingredientes afines hasta dar en la «locura inventada» (Ory), no padecida.

Nuestro hombre pintaba retratos de señoras y daba clases de dibujo y pedagogía en las Escuelas de Artes y Oficios de San Fernando. Fue hablista de radio nacional, ensayista, novelista, poeta, coleccionista, cineasta, ciclista y autodidacta. E. Chicharro es una varia y diversa mezcla de oficios y ejercicios. Su cultura transescolar tiene aires mundiales. Entre la nómina de excelentes resonancias: Homero, Chejov, Vallejo, Marinetti, Heráclito, Nietzsche, Beethoven, Goya, Cervantes, Quevedo, Bretón, Joyce, Torres Villarreal, Tzara y...

No resistimos a la tentación de citar a Francisco Nieva en el epílogo del número 2 de Trece de Nieve, dedicado a Chicharro: «Es claro que el artista, si no es situado y literalmente acabado y perfeccionado por una voluntad creadora del propio ambiente en el que le ha tocado vivir, no es nada. Todo precursor es víctima del ambiente que intenta combatir o no sería precursor. Toda época tiene su reverso de malogrados, aun los más brillantes».

El sueño de la razón no sólo produce monstruos. ■ **JUSTO ALEJO.**

El Opus Dei: una interpretación

Alberto Moncada, un antiguo miembro de la obra y sociólogo de la educación, publica este breve pero enjundioso libro en la Editorial Índice, donde describe las impresiones de su vida en contacto interno con el Opus, siendo miembro de él. Esta valiente editorial ha publicado libros polémicos y de

ADIOS A VARGAS LLOSA

El escritor peruano se despidió de sus amigos barceloneses y se fue en barco al Perú, en un largo retorno proporcional a la duración de su estancia fuera del propio país. Pudo comprobar Mario, en su barcelonesa despedida, que es una persona con "consensus".

—Se le toma cariño a este muchacho.

Comentaba en broma y en serio uno de los protagonistas de la vida cultural barcelonesa. Vargas Llosa ha dejado en España algo más que una admiración por su obra literaria; ha dejado multitud de personas que han sabido valorar su calidad humana. Es un abuso clasificatorio el



dividir a los escritores en los que viven literariamente y en los que viven para la literatura. Pero en cualquier caso, Vargas no vive literariamente y eso se agradece, al menos como excepción, porque nada hay tan irritante como algunos escritores que se toman a sí mismos como personajes de una novela que jamás escribirán. Vargas es un escritor metódico y una persona igualmente metódica. Sus obras son el producto de una tremenda responsabilidad creativa y su comportamiento personal lo mismo.

Hecho este breve y sentido testimonio, quisiera utilizar la marcha de Vargas para apuntar algo sobre la influencia de su obra y de su estancia en nuestra cultura. La proyección literaria del escritor peruano es ya internacional, pero desde sus inicios aparece totalmente ligada a España. Aquí recibió el premio Leopoldo Alas a fines de la década de los cincuenta, aquí recibió el espaldarazo del premio a La ciudad y los perros, aquí alcanzó su estatura actual de gran escritor universal. No me planteo todo esto para hacer "nacionalismo cultural", sino para avalar la afirmación de que Vargas forma parte de nuestra cultura. Hay otra faceta de Vargas Llosa insuficientemente conocida. Su gran calidad como estudioso de la literatura y como expositor crítico, de palabra o por escrito. Sus ensayos sobre otros autores (ahí está el que escribiera sobre García Márquez) o sus cursillos en la Universidad Autónoma, demuestran el método y el rigor de uno de los escasos novelistas "intelectuales" que tienen tan buena lengua literaria como crítica. Creo que Vargas ha ejercido insuficientemente como crítico. El desbarajuste de la conciencia crítica de la literatura

española, hubiera necesitado la sensata palabra de un hombre tan alejado del "snobismo" como de la beatería esquemática y sobre todo de un hombre culturalmente formado como para dar a Tel Quel lo que es de Tel Quel: la investigación sobre el sistema de escritura de la Guía Telefónica de Teruel.

Vuelve Vargas Llosa a Perú en busca de sus propias raíces. El exilio ha beneficiado las escrituras de la plana mayor de la literatura latinoamericana. Esto no sólo se aprecia en un autor calificado de "europeo" como Cortázar, sino incluso en escritores tan aborígenes como el mismísimo García Márquez. La novelística de Vargas es de una aplastante peruanidad y se comprueba así que desde un compromiso radical con las propias fuentes, se pueden alcanzar niveles de comunicabilidad por encima de barreras culturales altísimas. Vuelve, pues, Vargas en busca de sus propias fuentes, río arriba, consciente de todos los riesgos que conlleva la aventura. Desde Barcelona, Perú era un material literario, por encima de una conciencia histórica. Desde Perú, ¿le será posible al escritor esa distanciamiento? Por otra parte, ante Vargas se planteará la tentación de asumir el papel de "peruano universal" que lógicamente se tratará de adjudicarlo, con la rotura de tiempo y temple personal que conlleva toda representatividad.

Me parece que Vargas ha vuelto al Perú para reponer palabras y gestos y que un día volverá con las maletas cargadas de lenguaje y personajes. Volverá entonces a meterse en un piso anónimo que le habrá buscado Carmen Balcells, Superagente Literario 009, y nos lo volveremos a encontrar en salpicadas apariciones en actos de la sociedad literaria barcelonesa. La vinculación de Vargas a Barcelona ha sido el "leit motiv" de la mayor parte de las últimas preguntas que le han hecho los periodistas. Vargas ha respondido que aquí encontró un sustrato cultural fundamental para que el escritor respire, un clima de soterrada y asumida libertad de palabra y gesto, más allá y más acá de los controles de la política cultural con mayúscula. Vargas ha compensado nuestro afecto con su interés por lo que hacemos y no hacemos, incluso por su encomiable interés por la cultura catalana, de la que es un buen connoisseur desde sus raíces. Tirant lo Blanc es uno de sus libros preferidos desde mucho antes de su descubrimiento de España y Cataluña.

Aunque sólo le vea de tarde en tarde, lamento la perspectiva de tardar algún tiempo en volver a sostener con Vargas Llosa una conversación sobre literatura, cine, Corin Tellaño o Johanot Martorell. La sensatez puede ser un espectáculo añorado, porque toda teoría del valor se basa precisamente en el valor de lo singular y de la excepción. ■ M. V. M.

temas candentes, como el del celibato sacerdotal; y ahora se lanza a la palestra con esta novedad en nuestro panorama español, ya que difícilmente encontraríamos un precedente del mismo publicado en España.

La simple lectura del índice de este pequeño volumen es suficiente para demostrar el interés que puede tener su lectura: El Opus y los negocios; el Opus Del y la política; el Opus Del y la Iglesia católica; propósitos y actividades del Opus Del; el fundador; dos años después.

No obstante, nadie debe esperar en el de Moncada un libro de escándalo, como lo fueron, por ejemplo, el de Infante, así como el de la Santa Mafía, publicados en el extranjero. Se trata de algo mucho más ceñido a un intento de descripción «fenomenológica» que de crítica desgarrada y escandalosa.

Naturalmente que en el libro hay crítica. Pero ésta, en mi opinión, es indirecta. Lo más importante es la sencilla descripción que hace su autor de lo que él vivió y conoció, y dónde se ve el gran desarrollo que esta institución ha tenido en España, a diferencia de otros países. Detalle que es también analizado por el autor con razones que intentan dar una interpretación lógica de fenómeno tan particular.

La espiritualidad de esta institución, sacrificada en los aspectos ascéticos de detalle, queda al descubierto por el autor con un poco de nostalgia de que no haya sido más eficaz religiosamente; y queda bien patente en el libro su raíz excesivamente tradicional, si es que se llama «tradicional» a la espiritualidad católica posttridentina y sobre todo decimonónica. Este aspecto, aunque haya sido remozada tal espiritualidad en determinados aspectos exteriores de detalle, no la hace —según el autor— verdaderamente moderna, a pesar de algunas apariciones externas que le dan ese tinte.

Es curioso el libro por las muchas cosas que relata, y entre ellas por las informaciones que da sobre las dificultades económicas de la gran estructura organizativa de esta asociación de fieles. Se consideran ahora como asociación de fieles porque no desean que se la continúe considerando como un instituto secular, que está a mitad de camino entre la figura del seglar y del religioso, y que es todavía su situación canónica legal. Salen también a relucir los diferentes criterios, más o menos ocultos y velados, que existen dentro de la Obra en relación con su orientación demasiado directiva y de estrechamiento de sus filas en torno a una centralización excesiva.

Se vislumbra, pero no se analiza bastante en mi opinión, el viraje intelectual hacia atrás que se dio hace años con motivo del conflicto que se produjo con el libro de Guilton sobre la Virgen María, traducido y prologado por un sacerdote entonces del Opus, buen pensador, como fue Raimundo Pannikar. Yo creo que de esa época data su inclinación colegiada hacia una teología de clara influencia del pensar católico llamado seguro y tradicional, que se queda anacrónico en el fondo a pesar de apariencias exteriores. No hay nada más que leer la revista eclesiástica «Palabra», dirigida por personas de la Obra.

Muy interesantes las reflexiones de Moncada sobre el trauma que la salida de la Obra produce en muchos que la abandonan, y la dificultad práctica de adoptar esta decisión por razones diversas y complejas que el lector puede leer en su trabajo.

En una palabra: se trata de un libro-documento personal, que se centra en el deseo de describir y reflexionar sobre lo descrito, sin pretender hacer una filosofía explicativa completa del fenómeno por él vivido. Creo que ese es precisamente su mayor mérito, evitando el tono panfletario o demasiado apasionado que

puede ser una inclinación o tentación al tratar tema tan polémico, pero que en el país no ha salido a la palestra pública.

Para quienes vemos como espectadores estos avatares religioso-temporales relacionados en el libro, creemos que es un trabajo de necesaria lectura por sus datos y comentarios personalmente vividos, que a los partidarios resultarán criticables y a algunos contradictores quizá demasiado comedidos. Pero que, cualquiera que mire las cosas serenamente, considerará de gran interés. ■ E. MIRET MAGDALENA.

«Tito Andrónico y sus hijos»

El prólogo, de Víctor Zalvidea, el autor de esta versión «muy libre» de la obra de Shakespeare, plantea una serie de cuestiones de sumo interés. En principio, podría considerarse como un debate sobre la significación de «Tito Andrónico» (1) y las particularidades que ofrece dentro del conjunto de la obra de Shakespeare. Para Zalvidea, «Tito Andrónico» poseería unas virtudes teatrales específicas, en el sentido, sobre todo, de romper una tradición narrativa escénica, que hasta las piezas actuales más avanzadas aún respetan. Los personajes, desprovistos de psicología teatral, lejos de «recapitular sobre su estado y condición», obrarían «arrastrados por la acción que es la vida». Hasta aquí nos moveríamos aún en el análisis de un texto. Pero Zalvidea introduce otro elemento: el montaje que hizo Peter Brook de la obra —muy elogiado por Kott— y la correlación entre «Tito Andrónico» y ciertas proposiciones de Antonin Artaud.

La verdad es que Brook, como director de la Royal Shakespeare Company, ha montado muchas obras del gran dramaturgo inglés. Y en

(1) Ed. Fundamentos.